

45 horas con Luciano Porcari

CARLOS PEREZ SAN EMETERIO

Catorce de marzo de 1977.

Todo estaba siendo normal en el vuelo de Iberia IB-025. El Boeing B-727/256 "Asturias" había salido en hora (13.15) del Aeropuerto de Barcelona, y en el trayecto hacia Palma de Mallorca, nadie percibía nada extraño, excepto que... bueno, muchos pasajeros ya eran "asiduos" del IB-025 y sabían que la vista de Soller allá abajo era la señal inequívoca de que las ruedas del tren de aterrizaje estaban a punto de desplegarse y de que el avión enfilaba el tramo final hacia Son San Juan. Y esta vez, en cambio, no; esta vez el 727 se dirigía mar adentro. Es cierto que arriba la recta no es siempre la distancia más corta entre dos puntos, y ya se sabe que en áreas congestionadas el Control desvía a los aviones muchas millas, pero... aquello es que ya no parecía un desvío: es que era como si el 727 estuviera volando hacia otra parte...

Cuando algo aparentemente anormal sucede en un avión de línea, la gente empieza a otear la cabina en busca de alguna señal, cruza miradas con el vecino de pasillo, a veces comenta algo, y sólo en último extremo se decide a preguntar a la azafata. Pero aquí la azafata no daba ninguna respuesta concreta ni convincente; echaba balones fuera, hablaba de "tomar tierra pronto", pero poco más; lo envolvía todo con esas poses estandarizadas aprendidas en las líneas aéreas que a fuerza de ser mil veces repetidas acaban



Avión Boeing B-727/256 "Asturias" de Iberia, cuya tripulación y pasaje sufrieron durante 45 horas los caprichos del secuestrador Luciano Porcari.

convirtiéndose en parodias de sí mismas: "no pasa nada, no se preocupe". Carmen Cortés, estudiante de sexto curso de Medicina, pensaba entonces en su próxima especialización; el abogado que iba sentado tras de ella andaba dándole vueltas a la libertad condicional de un cliente al que iba a sacar de la cárcel de Palma; y el matrimonio formado por Michel y Carmen, y el otro matrimonio de sexagenarios que iban delante, y el resto de personas hasta completar los treinta y siete pasajeros... cualquiera sabe en qué nube divagarían. Pero tampoco había razón para alarmarse. Los aviones... ya se sabe: hoy, la huelga; mañana, la congestión de tráfico, al otro, otra huelga...

Y, en ésto, alguien habló por la fonía de a bordo, siempre reservada para el "no fumen", "abrochense", etc:

"Pasajeros, aquí el terrorista. No pasará nada si el capitán hace lo que yo diga. No quiero nada de vosotros. Quiero a mi pequeña hija de tres años que está en un país africano no lejano. Por favor, estén tranquilos, que ésto no tiene implicación política alguna; sólo quiero a mi hija; les ruego me perdonen."

Carmen, entonces, hizo señas a un vecino de asiento: "es ese tipo alto, delgadito, con tres pelos y medio y pinta de mafioso; ése; ese italiano que se ha metido en la cabina con la chica, que es su cómplice. ¡La madre que...!"

LA VENGANZA DE UN HOMBRE DESGRACIADO

A l cabo de pocos minutos, "el terrorista" decidía volver a tomar el micro, y contar su vida a quienes la suerte había convertido en rehenes que volaban a cualquier parte. El no era un delincuente; él era, sencillamente, Luciano Porcari, y la vida lo había tratado muy mal. Fue propietario de un garaje en Costa de Marfil, y como el negocio le dejaba bastante tiempo libre, decidió compatibilizar tal actividad con la de agente secreto en Ghana. Había tenido cuatro hijos, tres en Italia y la pequeña Margarita a la que trataría de recoger en Costa de Marfil, que era la responsable pasiva de todo el lío que estaba montando en el avión de Iberia. Lo demás... quizá no importara mucho al pasaje, pero su vida había sido triste, arriesgada... ¡ah! y odiaba a los diplomáticos, a los funcionarios y a los altos cargos oficiales en general hasta el punto que el secuestro del B-727 era una especie de venganza personal contra la Sociedad cruel que lo había hecho desgraciado.

No hizo falta mucho tiempo para que el pasaje se diera cuenta de que no estaban en manos de un terrorista convencional, sino de un loco, fueran cuales fueran las ventajas y los inconvenientes de ello. Para entonces, Luciano había salido de la cabina de los pilotos con la chica, que, al ir encañonada con una pistola, no podía obviamente ser la cómplice en que en principio se pensó. Petra María, que tal era su nombre, era una atractiva veinteañera que, simplemente, había tenido la desgracia de despertar (en el propio aeropuerto) un ramalazo sentimental en Luciano, y de convertirse por ello en su primer rehén. Así de sencillo.

Por lo demás, la gente no teme, de entrada, al secuestrador. Es un latino; ha secuestrado un avión latino; es amabilísimo, hasta el punto de levantar atisbos de compasión con todo aquel jaleo de la niña y su malvada esposa. Un hombre con esos sentimientos puede mandar mil y pico kilómetros un Boeing hacia Africa con 37 pasajeros, y hacer subir varios grados la adrenalina en la Dirección de Operaciones de Iberia, pero en ningún modo puede ser "mala persona". La gente, siempre sensible a los problemas del "corazón", hasta le regalará unas gotitas de complicidad.

Además... ¡qué se puede esperar de un majareta como éste!, de un sujeto que se compra una pistola y una carabina en Andorra, y para entrar en el avión se las fija con esparadrapo a las piernas con tan mala fortuna que se araña la piel y tiene que dar luego el bochornoso espectáculo de andar tras la azafata pidiendo agua oxigenada. El Auxiliar de vuelo masculino se había ganado, de entrada, toda su ira porque tardó un poco en convencerse de que era un secuestrador y no un bromista; pero, en el fondo, tenía razón: Porcari parecía más que otra cosa un cantante italiano de la época de los Festivales de San Remo; ¡tenía que enseñar la pistola para que se le tomara en serio!

Por ello, sin duda, el ambiente dentro del avión no es de secuestro. Poco antes de aterrizar en Abidjan (Costa de Marfil) para recoger a la niña, previamente llevada allí por la policía a toda prisa, las azafatas tranquilizan innecesariamente al pasaje. Todo es como de novela rosa. Los periodistas aguardan la llegada; y más de una pasajera va ráuda a los lavabos a retocarse el maquillaje rememorando entre risas la frase de Forges "y yo con estos pelos".

Nada más frenar el "Asturias" en el parking del Aeropuerto de Abidjan, la escalera de cola se despliega, y Petra María tira hacia arriba de la hija de Porcari. Alguien, además, le hace llegar una fuerte cantidad de dinero en Francos franceses, y Luciano, sintiéndose completamente dueño de la situación, decide entonces consultar democráticamente al pasaje qué rumbo debía ordenar al Comandante Recuenco. Si querían, él no tenía inconveniente en dejarlos bajar allí mismo, en Abidjan, pero "sugería", en el sentido literal de la palabra, irse a otra parte "porque Africa era Africa" y temía que nada más abrirse la puerta del B-727 empezaran a entrar guardias nativos abriéndose paso a tiros. Entonces, los "rehenes", que tienen más miedo a una reacción exterior desconocida que a quien les ha secuestrado, secundan su idea y aceptan la propuesta de ir a Roma. Porcari, visiblemente emocionado, entrega a Petra un montón de billetes con el encargo de dar uno a cada pasajero. Y cuando uno de éstos le pide, además, que se lo autografe, Luciano ya no cabe de gozo y empieza a dar dinero a diestro y siniestro hasta una cantidad de 1.500 Francos por persona.



Tripulación del Boeing 727. De izquierda a derecha: José Luis Recuenco Medina, Comandante titular; Pío Rodríguez Martínez y José Miguel Santamaría Mena, Comandantes agregados; Miguel Renedo Klein, Copiloto titular; Joaquín María Alfaro Navar y Alejandro García González, Oficiales Técnicos Mecánicos, titular y agregado respectivamente; Raimundo Rubio Priego, Sobrecargo; María Victoria Márquez Iborra, María del Carmen Puerta Fernández y Víctor Andrés Cardenal, tripulantes de cabina.

En su vuelo hacia Italia, el "Asturias" hace una escala técnica en Sevilla. La gente a bordo cuenta el dinero que le ha tocado, y los más se agrupan en tertulias típicamente españolas en las que el tema predominante es la última derrota del Barcelona F.C. Otros pasajeros, menos "participativos", permanecen clavados en sus asientos, a solas con la aventura que les ha sido impuesta. Serán ellos los más deprimidos en todo el drama.

En Sevilla sube el Comandante Pío Rodríguez, que atraviesa el pasillo del avión sonriendo y dando ánimos por doquier. Alguien hace subir, además, una caja con botellas de vino espumoso, y más de uno tiene que preguntarse qué clase de secuestro se está viviendo. A la mañana siguiente, sin embargo, les llegará la respuesta.

¡NO ME HABLE ASI, SEÑOR EMBAJADOR!

Quince de marzo de 1977.

Con las primeras horas del día, el "Asturias" despegaba rumbo a Roma, pero Porcari, entonces, parecía querer iniciar un juego macabro con sus rehenes; era como si de pronto necesitara recordar a todos que era él, y sólo él, quien mandaba allí; que ese clima festivo de circunstancias podía acabarse cuando él se lo propusiera. Primero, tomó el micro de a bordo, y comunicó al pasaje: "scussi, scussi... miento; no vamos a Roma, vamos a Torino: Roma es muy peligrosa para mí." Luego, comentó a un pasajero que, un rato antes, había dejado "olvidada" la pistola cerca del Comandante Recuenco a ver si aquel intentaba algo; y añadió: "no lo hizo, por suerte para todos, porque yo le apuntaba con la carabina." No contento con ello, había encargado al pasaje que confeccionara una lista con diez personas que, por elección general serían liberadas en Turín. A pesar de su paranoia, Luciano Porcari sabía perfectamente que ello iba a provocar las desagradabilísimas escenas que durante bastantes minutos se vivieron a bordo, a las que los pilotos serían siempre ajenos. Mientras tanto, él, desde la carlinga, comunicaba con el Aeropuerto de Turín para exigir que a su llegada estuviera presente su otra hija, Consuelo.

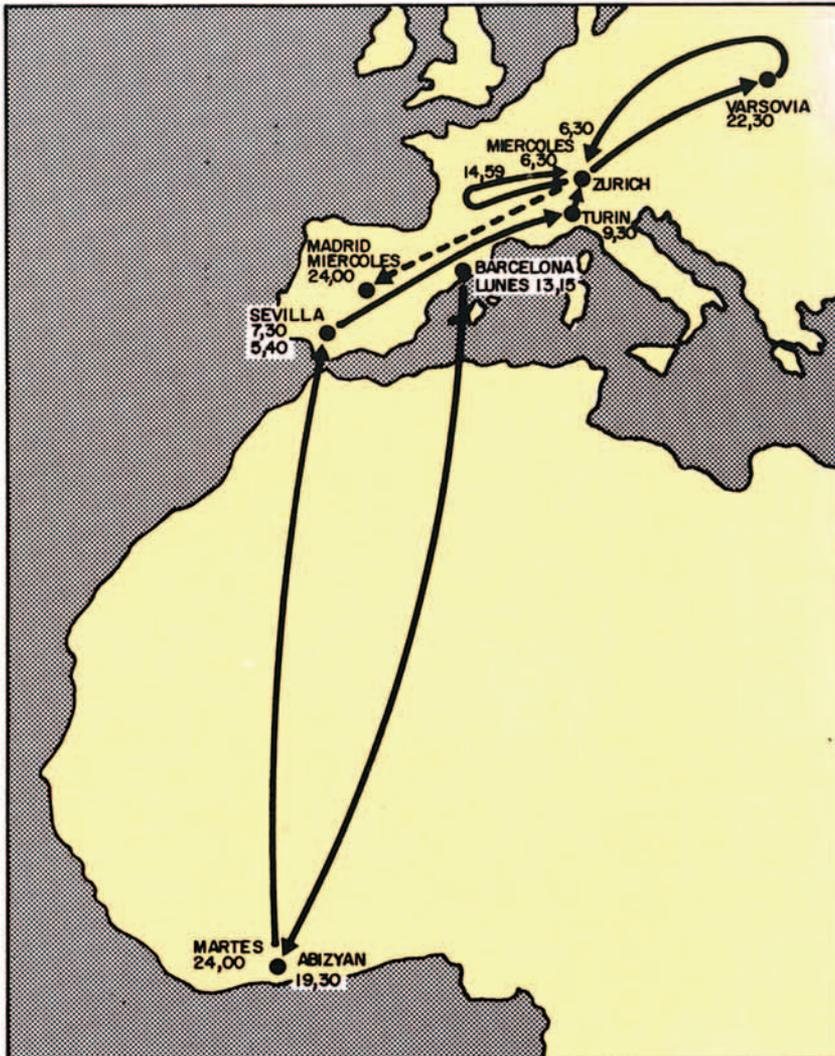
Cuando el "Asturias" toma tierra en el aeropuerto turinés, Consuelo aún no ha llegado; desde la Torre de Control le comunican que sus abuelos, los padres de Porcari, la llevan hacia allá en una avioneta, pero éste dice que no quiere verlos, y que el avión de Iberia debe poner rumbo a Zurich. En ese momento, deja bajar a una señora, que ha sufrido un ataque de nervios, y a su marido. El Comandante Recuenco confía a otro miembro de la tripulación su certeza de que el agotamiento colectivo va a desembocar en una catástrofe.

Porcari se ha vuelto un ser absolutamente autoritario. Mantiene a ratos sus modales educados, pero saca a relucir amenazas indiscriminadas siempre que alguien externo al drama se pone en contacto con él. Cuando, finalmente el avión aterrice en Zurich, una nube de policías armados hasta los dientes rodeará al B-727 en el parking, lo que exacerbará aún más sus nervios. Ni siquiera la llamada por radio del Embajador italiano resuelve nada. Al fin y a la postre, Porcari siempre se siente engañado. En uno de sus arranques libera a algunos pasajeros y luego, parsimoniosamente, se dirige hacia Recuenco exhibiendo la pistola y le dice: "y ahora, vamos a Lyon."

La ansiedad se había extendido a todos quienes tenían relación con este secuestro, que ya era el más largo de la Historia. Mientras, en pleno despegue, el B-727 alcanzaba la V2, Recuenco palideció al pasar rozando con sus ruedas una furgoneta de la



Petra Maria, primer rehén del "Asturias".



policía suiza que nadie supo nunca cómo demonios había llegado hasta allí. El vuelo, por otra parte, no sería largo. La Torre acababa de darles el rumbo hacia Lyon, pero el matrimonio formado por Michel y Carmen lograrán pronto convencer a Luciano de que lo mejor es volver a Zurich para aguardar a que la hija, Consuelo, pudiera trasladarse hacia allí desde Turín.

Cuando, en un insoportable tejer y destejer, el "Asturias" volvía a tomar tierra en Zurich, la visión, desde las ventanillas, de los flaps del 727 desplegados y de un enjambre de coches de policía corriendo por la pista de rodaje paralela, era realmente impresionante.

Poco después, el Embajador italiano, en un esfuerzo supremo, conseguía que Porcari le dejara subir a bordo, pero el secuestrador perdía, otra vez, los nervios: ¡No me hable así, señor Embajador, porque esto puede cambiar del blanco al negro! ¡Descienda del avión; vamos, fuera...! decía teatralmente mientras amenazaba con la pistola a Petra María y, a la vez, guiñaba al resto del pasaje mostrando el seguro del arma colocado.

Finalmente volvió a la cabina de mandos para, en su ocupación favorita, tomar otra vez el micro: "El Gobierno suizo no mantiene su palabra. Ustedes no pueden bajar. Yo mantengo mi palabra, pero el Gobierno suizo no la mantiene. Vamos todos a Moscú."

CAMINO HACIA LA DEPRESION

En ningún modo el Porcari de ahora era ya el mismo atento y amable paranoico que había tranquilizado al pasaje, que había ofrecido dinero firmado mientras el avión andaba por Africa de un lado para otro. El Porcari de ahora presentaba toda la faz preocupante de un loco que directa o indirectamente podía meter a todos en una ratonera mortal. El Comandante Recuenco estaba agotado y tenía que continuar a los mandos del B-727; los pasajeros, que ya habían vivido su experiencia irrepetible, que habían sido testigos privilegiadísimos del folletín tragicómico, ya no sabían qué postura tomar en el asiento, cuyo respaldo había



Los miembros de la tripulación del Boeing 727 "Asturias" son felicitados por SS.MM. los Reyes.

visto todos los ángulos de inclinación posibles. El mismo secuestrador, sin ir más lejos, luchaba contra sus nervios y contra el sueño; tan pronto ordenaba a las azafatas poner más agua oxigenada en los arañazos de sus piernas, tan pronto se paseaba silbando por el pasillo del Boeing, tocando los asientos interiores con las puntas de sus dedos, como si imaginariamente los contara.

En esto, Moscú deniega el permiso para aterrizar. Recuenco le propone entonces Varsovia, porque Luciano se empeña en que la más contundente venganza contra la Sociedad occidental es irse a un país del Este. En plenas crisis de paranoia, el aterrizaje en la capital polaca se produce, por órdenes directas suyas, con todas las ventanillas de la cabina de pasajeros cerradas. La gente ya no sabe nada; sólo que quiere salir cuanto antes de la férula de ese loco que ya no razona; que ya, no contento con que en Moscú no autorizaran el aterrizaje, habla tranquilamente de irse a Turín al día siguiente, soltar allí todo el pasaje y volar solos Petra María y él a Moscú con el Comandante Recuenco a los mandos. A Petra, poco a poco, le iba tocando el papel de Dulcinea en toda esta trágica historia...

Dieciséis de marzo de 1977.

El destino volvía, otra vez, a ser Zurich. Una pasajera sufría una crisis de stress y Carmen Mascaró, la estudiante de Medicina, hizo creer a Porcari que se trataba de un infarto agudo. El secuestrador, excitado, ordena a Recuenco que tome tierra en el primer aeropuerto que tenga cerca, pero cuando el Comandante le comunica que ni Praga ni Nuremberg dan autorización, sus nervios le llevan a una depresión profunda que le sume en el llanto. Ya no quiere ver a nadie; ya no confía en nadie, salvo en Petra, y quizá un poco también en Michel y en Carmen. Su última ocurrencia es hablar con el Papa Pablo VI, al tiempo que decía una y otra vez: "Sí, estoy nervioso, soy muy peligroso, y por favor, por favor, no quiero que pase nada."

La mente de Luciano Porcari va inexorablemente cayendo en el abismo. Ordena al Comandante Recuenco que a su llegada a Zurich se le tenga preparado un vestidito blanco para su hija con una Biblia y un ramo de flores, también blancas. Hace mucho hincapié en el color: todo debe ser blanco porque es para un rito religioso. Recuenco comprende entonces que, pura y simplemente, va a matar a su hija. Petra, además, susurra al Comandante que, en forma alternativa, Luciano amenaza a la gente con la pistola y acto seguido asegura que en ningún modo sus vidas van a correr peligro; pero que, aún así, tiene miedo, porque su última idea era una disyuntiva trágica: en Zurich desembarcaría todo el mundo, excepto Petra, Carmen y Michel; y después... o se volaba a Moscú, o haría saltar el avión por los aires.

El "Asturias" volvió a tomar tierra en Zurich. De nuevo, ritualmente, aparcó escoltado por coches y más coches de policía. Allí estaba también el piloto que debía relevar al agotado Recuenco. Iberia había elegido a José Miguel Santamaría para ello, pero el hecho de tratarse de un hombre extraordinariamente duro de carácter y que, además, practica las artes marciales, hace pensar que "quien" le ha enviado allí lo ha hecho previendo que Santamaría no va a aguantar muchos minutos las estupideces del italiano.

Recuenco, entonces, habla por el micro al pasaje en tono grave; comunica que se va; que dado su estado de agotamiento se está convirtiendo más en un peligro que en una ayuda. Incluso Porcari lo comprende y lo acepta.

¡SE ACABO; ABAJO RAPIDO!

Aparece la ambulancia para evacuar al enfermo. Porcari, en el pasillo, mantiene encañonadas con la escopeta a las dos azafatas que aguardan en la puerta trasera del B-727 a que llegue la tripulación de relevo. El secuestrador teme la irrupción de un policía disfrazado, y por ello ha dado orden de que cada presunto piloto de Iberia que llegue, hable antes unas palabras de español. Pero, de momento, no aparece nadie.

Cuando, instantes después, una azafata se apresta a subir por la escalerilla (en lugar del piloto que habían anunciado a Porcari) Recuenco palidece ante la posibilidad de que el secuestrador tema algo y la emprenda a tiros. Por suerte, sin embargo, Luciano entiende que se trata de un error; que es una auxiliar de tierra que viene a buscar, confundida, al enfermo que ya está en la Terminal.

Al darse cuenta del error, Pío, ya en tierra, vuelve a subir a bordo, avanza la mitad del pasillo y regresa. En ese momento, aparecen tres personas que llevan uniformes y galones de tripulantes; dos, son policías, el otro, el Comandante José Miguel Santamaría. Este último avanza despacio; los agentes a grandes zancadas a pesar de que se les había advertido de que debían hacer todo lo contrario.

"¡Se acabó!; abajo rápido!" gritó Santamaría al pasaje, pero la gente ya estaba agachada. Mientras un tiro de la pistola de Porcari iba a incrustarse en la pierna de uno de los policías suizos, ambos agentes se abalanzaban sobre el secuestrador y Santamaría se arrojaba literalmente encima, casi ahogando al italiano con su enorme corpulencia. Unos segundos después, antes siquiera de poder darse cuenta, Porcari había sido desnudado completamente en previsión de que ocultara aún algún arma adicional. Los pocos pasajeros restantes descendían en desbandada por la escalerilla, mientras Recuenco y Pío llevaban de la mano a la hija de quien les había convertido en rehenes dos días antes.

El "Asturias", en medio de la pista, seguía rodeado por un enjambre de luces anticolidión centelleantes, y una ambulancia trasladaba al agente helvético herido, poco después de que éste hubiera tranquilizado a todos: no se preocupen, no será nada; lo importante eran ustedes y eso lo hemos logrado.

Cuarenta y cinco horas. Trece mil kilómetros, ocho aterrizajes y despegues...

Todo había terminado. El B-727 de Iberia, vacío, quedaba aparcado, en manos del personal de tierra. La tripulación, agotada, se disponía a reparar fuerzas con una buena cura de sueño que permitiera llegar despejados a Barajas al día siguiente, donde serían recibidos por los Reyes de España.

Mientras tanto, Luciano Porcari, esposado, abandonaba la Terminal, cubierto por una gabardina. Sólo unas horas antes había sido el dueño virtual de un B-727 y de los destinos de sus ocupantes; había ordenado, había amenazado, había repartido dinero concitando por igual la simpatía, la comprensión, la compasión y quizá hasta el odio. Ahora ya no era nadie. Su avión, su hija, su poder, su inalcanzada Petra María... por perder, había perdido incluso la ropa. Durante algunos días más, quizá los periódicos hablarían de él, pero sabía de sobra que su importancia iría bajando desde las portadas hasta las páginas de sucesos; y que al cabo de una semana, Luciano Porcari sólo sería un nombre metido en un grueso expediente de un archivador de la Asesoría Jurídica de Iberia, que diría, a buen seguro, "Apoderamiento Ilícito de la Aeronave EC-CBI "Asturias" en el vuelo IB-025." ■